

bam
bú

Más allá de las tres dunas

Susana Fernández
Gabaldón



Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, S. A.

© 1998, Susana Fernández Gabaldón

© 1998, Editorial Casals, S. A.

Tel. 902 107 007

editorialbambu.com

bambulector.com

Diseño de la colección: Miquel Puig

Ilustración de la cubierta: Francesc Punsola

Vigésima edición: abril de 2016

Décima edición en Editorial Bambú

ISBN: 978-84-8343-023-1

Depósito legal: M-13.611-2011

Printed in Spain

Impreso en Anzos, S.L., Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

**Más allá
de las tres
dunas
Susana
Fernández
Gabaldón**

**bam
bú**

EDITORIAL

PRIMERA PARTE

*Cuando elijas un camino,
elige el del corazón,
porque el que escoge el camino del corazón
no se equivoca nunca.*

Proverbio maya

1

La tienda de antigüedades del señor Ibrahim Abbas

La ciudad se despertaba tranquila y, aunque hacía poco que había amanecido, la temperatura era ya muy elevada. Posiblemente sería uno de esos días duros y agotadores, en los que el aire se carga de una humedad pegajosa y el calor se hace insoportable, y uno no sabe muy bien cómo refugiarse de un agobiante día de agosto ni en qué soportal o recoveco encontrar alivio ante el castigo implacable del sol egipcio.

Justo enfrente del gran Museo Arqueológico de El Cairo, la tienda de antigüedades del señor Ibrahim Abbas abría sus puertas, como todos los días, a las siete en punto. Hassan, su único empleado y viejo amigo, barría el porche de la entrada y sacudía el felpudo de esparto golpeándolo con fuerza contra el zócalo de piedra.

Hassan tenía más de setenta años y siempre vestía igual: turbante azul y una larga túnica blanca, limpia y



bien planchada, que destacaba sobre su piel negra debido a su origen nubio. Nubio y humilde, pues procedía del sur de Egipto, de una pequeña aldea muy pobre situada más allá de Assuan, hacia el Este, pegada a la orilla izquierda del Nilo y en donde todavía se conservan antiguos templos y muchas ruinas de civilizaciones ya extinguidas.

El señor Abbas había heredado de su padre el negocio de compraventa de piezas de arte, y éste, a su vez, del suyo, por lo que la tienda de antigüedades se había convertido en toda una institución familiar, con más de ciento cincuenta años a sus espaldas, que había dado de comer a tres generaciones y que lo había llevado a convertirse en uno de los anticuarios más importantes de toda la ciudad.

El local estaba ubicado en pleno corazón de la ciudad y cercano a él se encontraba el bullicioso mercado del Khan al Halili, el más famoso de todo El Cairo, siempre repleto de comerciantes, turistas y curiosos.

Su interior era grande y espacioso, aunque lo cierto es que todo estaba tan sobrecargado de objetos que ya no había sitio para más trastos. Constaba de dos plantas, otra serie de dependencias anejas, y numerosos y estrechos pasillos llenos de repisas abigarradas de piezas originales o reproducciones más o menos acertadas.

Con sinceridad, no creo que el señor Abbas conociese a ciencia cierta ni de cuántos objetos disponía. De ahí que la ayuda que Hassan le prestaba era a todas luces imprescindible, puesto que conocía de memoria todas y cada una de las piezas y objetos que allí había. También sabía a qué cul-

turas pertenecían y la historia de cada una de ellas; ¡bueno!, no de todas, claro, pero sí de una gran mayoría. Sin embargo Hassan jamás escribió o hizo anotaciones de los datos que conocía: todo estaba en su cabeza; lo único que había que hacer era preguntarle y enseguida se obtenía la información deseada, con el aliciente, además de comprobar que todos los datos eran correctos, hecho que Hassan corroboraba cada vez que un cliente bien documentado charlaba acerca de tal o cual detalle. Y siempre le apostillaban con un «está usted muy bien informado ¿verdad?», a lo cual él respondía con una generosa sonrisa, sin que jamás llegase a revelar de dónde ni de quién había obtenido la información.

De todas formas, a pesar de que su increíble memoria era una virtud que el señor Abbas envidiaba profundamente, siempre se preguntaba cómo era posible que supiese la vida y milagros de cada objeto. Hassan apenas había consultado algunos libros y sin embargo hablaba del mundo faraónico como si hubiera vivido entre reyes y sacerdotisas, y conocía el paso de las diferentes culturas, griega, romana, cristiana, árabe y otomana como los nativos de cada una de ellas.

–Hassan, ¿dónde hemos colocado el viejo candelabro que compramos el año pasado al señor Yahhaf Ayman, ése de los ocho brazos que conservaba varias lamparitas de cristal?

–Está colgado al lado del incensario copto, detrás de los iconos.

–Sí, ya recuerdo –respondió dubitativo rascándose la

frente—. ¿Te refieres al que está al fondo del piso de arriba? —preguntó sin mucha seguridad.

—¡No, no! —corrigió pacientemente Hassan—. Al lado de los iconos. Justo enfrente de usted —y señaló al fondo de la tienda, sosteniendo el escobón con su mano izquierda.

—¡Ah, sí! ¡Ya recuerdo! —exclamó con los ojos muy abiertos al igual que si se le hubiese encendido una bombilla en el cerebro—. ¡Por supuesto! ¡Mira que no me acuerdo de nada! Es la edad. Ya voy para viejo, ¿sabes?

—Claro, señor, comprendo —añadió Hassan, que no era mucho mayor que él.

Entretanto Hassan observaba cómo la calle estaba todavía tranquila, pero despertaba también y se preparaba para una nueva jornada de trabajo.

El muecín llamaba a la oración desde el minarete de la mezquita mayor, y su voz resonaba por todo el barrio fuerte y clara, mientras los comerciantes instalaban sus puestos de frutas y verduras, y extendían los canastos y cestas de mimbre sobre los mostradores de madera. El aire se perfumaba entonces de aromas fuertes y embriagadores a incienso, cilantro, pimienta, comino, curry, canela y demás especias que rápidamente la brisa arrastraba y entremezclaba como el más hábil de los perfumistas, fabricando nuevos aromas que esparcía por todos los rincones de la ciudad.

Poco a poco las calles iban cobrando vida y la ruidosa plaza que quedaba justo delante de la tienda del señor Abbas se llenaba lentamente de viandantes, nativos y extranjeros.

«¡Tilín, tilín, tilín!», sonaron las campanitas de la puerta de entrada.

Al sonido del tintineo, Osiris, el gato del señor Abbas, abrió los ojos con desgana y miró al recién llegado. Le observó atentamente sin levantar la barbilla del cristal del mostrador y se quedó vigilándolo durante un buen rato. Un hombre menudo de piel tostada y rostro enjuto y seco había entrado en la tienda. Miraba detenidamente todo cuanto veía, toqueteando todas las piezas que podía.

Su aspecto no era demasiado agradable. Llevaba una túnica sucia a rayas blancas y azules, y se cubría la cabeza con un gorrito de colorines tejido a mano. Calzaba unas sandalias de cuero muy viejas, y sus pies estaban sucios y negros, con las uñas llenas de mugre al igual que las de las manos.

Hassan lo observó atentamente y desde el descansillo de la escalera se dirigió a él con tono seco y desconfiado:

–¿Qué desea? –le preguntó con voz firme.

–¡Que Alá le proteja! –respondió el hombre, soltando tan de golpe una copa de cristal tallado que casi la hace caer al suelo–. Bien, bien ¿es usted el dueño de este local? –preguntó entonces, recogiendo sus manos dentro de las anchas mangas de la túnica.

–El dueño está ocupado en estos momentos. Puedo atenderle yo mismo –respondió Hassan.

–Yo... yo... yo deseo hablar con el propietario –respondió–. No se ofenda usted. ¿Sabe? Tengo algunas cosas que pueden interesarle. Asuntos de negocios... ¿Sabe? Y eso es siempre delicado. Ya me entiende.

–Espere un momento, por favor.

Hassan se dirigió al despacho del señor Abbas. Abrió la puerta y luego la cerró echando la cortina.

–Señor Abbas, ahí fuera hay alguien que quiere hablar personalmente con usted. Creo que viene a vendernos algo. Pero tiene pinta de ser comerciante de piezas robadas.

–Estos tipos siempre nos traen problemas. ¿Qué hacemos, Hassan? –preguntó el señor Abbas.

–Bien. Primero que enseñe lo que nos quiere vender. Tal vez su mercancía sea interesante. No creo que se trate más que de un aficionado esporádico.

–Llámale entonces y cierra la puerta de la entrada. Nos reuniremos en mi despacho.

–Bien, señor.

Hassan abandonó el despacho y se dirigió al hombre, mientras echaba el pestillo de la puerta y le daba la vuelta al letrero de ABIERTO.

–El señor Abbas le recibirá ahora mismo. Pase detrás del mostrador y entre –le indicó Hassan al hombre–. Por cierto, ¿cuál es su nombre, por favor?

–¿Mi nombre? Bueno, eso... eso da igual. Él... él seguro que no me conoce. De cualquier forma, me llamo Ahmed; sí, Ahmed Bakrí –respondió el misterioso hombre, dudando incluso de su propio nombre.

El hombre se encaminó hacia el mostrador y, al llegar a él, Osiris arqueó el lomo y le bufó, siguiéndolo después inquisitivamente con la mirada.

–¡Je! ¡Je! –rió sin ganas–. ¡Qué animalito tan simpático!

–Osiris siempre es así –dijo Hassan, acariciándole la cabeza–. Pase, señor... ¿Bakrí?

–Sí, Bakrí. Señor Bakrí –asintió el hombre, quitándose el gorro de colores y estrujándolo entre las manos.

Hassan le abrió la puerta y le presentó al señor Abbas.

–Dígame qué desea –preguntó el dueño, mirándolo fijamente a los ojos.

–Pues bien. Mire... yo traigo algo que tal vez pueda gustarle. Me dijeron que usted estaría interesado en adquirir «determinado tipo de mercancías». Ya me entiende.

–¿Y quién le ha hablado de mí?

–Bueno... dentro de este negocio, todo el mundo sabe que su local es uno de los más importantes de El Cairo. No me ha sido muy difícil encontrarlo.

–¿Y qué es lo que quiere?

El hombre permaneció indeciso unos instantes mirando a Hassan que se encontraba también allí, de pie y con los brazos cruzados en un rincón de la habitación. Después, tras un indescifrable balbuceo de palabras añadió:

–¡Perdone, señor Abbas! ¿Es necesario que su ayudante esté presente en la conversación?

–Me hago cargo, pero él es de toda confianza y no realizo gestiones sin su consejo. Si le molesta su presencia, podemos dar esta visita por concluida.

–Lo siento. No era mi intención ofenderle... Usted comprenda... son asuntos delicados y no siempre es conveniente que haya más gente de la cuenta en este tipo de transacciones... ¿me entiende? En fin; si no ven inconveniente alguno, desearía mostrales algo muy especial.

El hombre introdujo la mano dentro de la túnica y empezó a extraer bultos llenos de arena por todas partes, envueltos en trapos viejos y papel de periódico, que iba depositando encima de la mesa. Luego se sacudió la túnica y dejó el suelo sucio.

–No he traído todo lo que tengo. Esto es tan sólo una muestra. Pero conozco muchos sitios donde se pueden encontrar muchos más objetos parecidos.

El hombre comenzó a desenvolver los paquetes. De cada bulto salían piezas maravillosas, lámparas egipcias, copas de cristal tallado, un soporte en plata de un candelabro romano... y todo en un estado de conservación impecable. Pocas veces llegaban a sus manos piezas tan bien conservadas y exquisitas, de modo que Hassan y el señor Abbas intercambiaron una serie de miradas correspondientes a un código secreto que solían emplear en estos casos; los guiños querían decir que la mercancía era muy buena pero que no convenía demostrar el entusiasmo que se merecía ya que les obligaría a tener que subir la oferta de compra.

–Sí, sí. No parecen malas –dijo Hassan fingiendo una cierta indiferencia–. ¿No serán robadas, verdad? No traficamos con material robado, y le aviso de entrada que éste es un negocio respetable –le increpó entonces mirándole profundamente a los ojos.

–¡No, no! ¡Le juro por lo más sagrado que no son robadas! –respondió el hombre echándose hacia atrás con la mano derecha pegada al corazón.

–¿Puedo preguntarle entonces dónde las ha encontrado o de quién las ha obtenido? –preguntó el señor Abbas,

girando despacio una de las piezas mientras la examinaba detalladamente a la luz de una lámpara con una gran lupa.

–Ustedes me disculparán pero no..., no... puedo decirse-
lo. Aunque les prometo que no son robadas. Hay muchas
de estas cosas perdidas por el desierto entre restos de mu-
ros y casas antiguas.

–Entonces quiere usted decir que las ha encontrado en
el desierto, en alguna ciudad abandonada.

–Sí. Podría decirse así... ¿Les interesa entonces la mer-
cancía? –añadió con voz pícaro de mal comerciante.

–Podría interesarnos... sí –murmuró el señor Abbas sa-
cando los labios hacia afuera y apretando fuertemente las
comisuras-. ¿Tú que opinas, Hassan? ¿Nos quedamos con
ellas o ya tenemos demasiadas parecidas? –preguntó en-
tonces a Hassan, comenzando así su estrategia de regateo.

–La mercancía no es mala. Sí. Tal vez sí –añadió Has-
san, dando vueltas a la maravillosa lámpara egipcia.

–Bien, pues trato hecho: ocho libras por todas creo que
es un precio más que razonable –argumentó el señor Ab-
bas, iniciando el regateo con un precio irrisorio.

–¡Ah, no! Estas piezas valen mucho más, ¡que lo sé yo!
–protestó el hombre, poco conforme con la oferta-. Dieci-
séis libras y no se hable más.

–Señor BakrÍ, estas piezas no valen ni la mitad del pre-
cio que le he ofrecido, pero por ser usted se las dejo en do-
ce libras.

–¡Doce! ¡No puedo aceptar un precio tan bajo!

–Doce. Ni una libra más. ¡Es más de lo que le puedo
ofrecer! –respondió el señor Abbas, para cerrar el trato.

–No se hable más –aceptó finalmente el hombre–. Doce. ¡Aunque sabe usted muy bien que sale ganando!

–¡Es usted todo un comerciante señor... ¿BakrÍ?! –concluyó el señor Abbas.

–Sí. Señor BakrÍ. Bueno, deçme mi dinero. Se me hace tarde y no debo quedarme aquí mucho más tiempo.

–¿Teme usted que le vean salir de la tienda? –preguntó Hassan.

–No... sí... bueno; no es conveniente cuando se hacen negocios de este tipo. Ya sabe... luego comentan, preguntan...

–Entiendo –asintió Hassan.

El hombre cogió sus doce libras, las guardó rápidamente debajo de la túnica y salió del despacho.

–Bien. Ha sido un placer. ¡Que Alá les proteja!

–¿Volveremos a verlo, señor BakrÍ? –preguntó cautelosamente Hassan.

–¡Seguro! Traeré más piezas dentro de unos días –contestó animado por el éxito de la operación.

Y diciendo esto, se ajustó el pequeño gorro sobre la cabeza dejando fuera algunos rabillos de pelo grasiento. Luego abrió la puerta sigilosamente, ojeó a un lado y a otro de la calle antes de abandonar el local y cuando hubo comprobado que nadie iba a reconocerlo, salió rápidamente y desapareció entre el bullicio del mercado.

–¡Qué tipo tan extraño! –exclamó Hassan.

–Estos aficionados son todos iguales. Sin embargo, sabes muy bien que lo que acabamos de comprar es un auténtico tesoro. Hace mucho tiempo que no veía piezas tan extraordinarias.

–¿De dónde las habrá sacado? –se preguntaba Hassan.

–¡Y qué más da! Las habrá encontrado por ahí. Estos infelices venden cualquier cosa para comer. Con lo que se ha ganado hoy tiene para vivir un par de meses.

–Pero estas piezas son únicas. Es difícil encontrar cosas semejantes a no ser que procedan de alguna ciudad desconocida.

–¡Deben de quedar cientos de ellas por el desierto! Lo arriesgado es aventurarse a buscarlas. Si este hombre ha encontrado una de ellas, ten pon seguro que jamás dirá nada a nadie. Sería como matar a la gallina de los huevos de oro. ¡Anda, recógelas y busca un lugar donde colocarlas!

–Que vienen del desierto no cabe lugar a dudas. ¡Mira cómo me ha dejado la mesa! –y el señor Abbas sacudió las facturas llenas de arena y recogió los paños mugrientos y los papeles para tirarlo todo a la papelera.

Hassan cogió una bandeja y depositó sobre ella las piezas para retirarlas de la mesa. Luego subió al primer piso y despejó una pequeña mesa donde depositó los objetos. Osiris le había seguido con el rabo muy tieso y espigado, y esperó a que tomase asiento para acomodarse él a su vez. Hassan arrimó su viejo butacón y se dispuso a realizar un rápido inventario del lote adquirido.

–¿Dónde demonios las habrá encontrado? –pensó entonces en voz alta tratando de catalogar las piezas–. Veamos, la más antigua de todas parece esta lámpara. Sí, sí. Puede tener casi mil quinientos años, y este dibujo de aquí... es curioso... sí... tal vez pertenezca al reinado de Tutmés III o a lo mejor al de Amenophis II, pero lo cierto

es que no estoy seguro. Podría incluso ser algo más reciente. ¡Vamos a ver qué es lo que averiguamos esta noche!

Hassan introdujo el dedo en el interior de la lámpara y rascó el fondo con la uña. Increíblemente aún conservaba restos de hollín y aceite resecos.

–Prosigamos; este gato es precioso–. Y cogió la siguiente pieza, examinándola con detalle. –¡Increíble! La madera apenas si está cuarteada. Es una excelente talla y podría pertenecer también a la misma época que la lamparita.

Luego arrinconó la talla del gato y tomó otra pieza, tal vez la más hermosa y delicada de todas. Era la estatuilla en mármol blanco de una arpista egipcia. La joven tañía las cuerdas con las puntas de sus dedos, y vestía una túnica finísima y transparente, que dejaba sus senos desnudos y el pecho cubierto con un collar de cuentas y perlas.

A continuación examinó un espejo ovalado de cobre, de un color rojizo dorado intenso. El mango representaba la figura de la diosa Hathor, la diosa sagrada que portaba una gran cornamenta de vaca sobre su cabeza. Con los brazos abiertos soportaba encima de ella el disco de cobre pulido que hacía las veces de espejo. Hassan tomó una bayeta y limpió el espejo de arena y suciedad. Luego se miró en él, y la figura de su cara quedó algo distorsionada al girar el disco de un lado a otro. A continuación, lo depositó junto a las otras piezas.

No había por el momento más objetos de época tan antigua. Pensó que aquellas cuatro piezas podrían proceder de un mismo lugar y estaba claro que habían pertenecido a una mujer. Tal vez a una princesa o a una noble. Bakrí

podía haberlas hallado en alguna tumba. De cualquier forma, era ya difícil encontrar una mercancía tan buena que no procediese de algún lugar desconocido y sin duda Bakrí había encontrado ese sitio.

Aquella tarde comenzó a levantarse un viento fuerte y fresco. Poco a poco el cielo se fue cubriendo de grandes nubes grisáceas. Se estaba formando una tormenta.

–Hassan. Son las siete. ¿Cierras tú la tienda? –preguntó el dueño, mientras hacía girar el manajo de llaves en la cerradura de la puerta del despacho, golpeándolo contra el embellecedor de cobre.

–Sí, señor Abbas.

–¿Cómo ha ido eso? ¿Qué has averiguado del nuevo lote?

–Me parece que me dará más trabajo del que pensaba. Me quedará un rato más antes de marcharme.

–¡Buff! –resopló el señor Abbas con pesadez–. En ese caso nos vemos mañana. ¡Ah! Y no te olvides de enrollar el toldo.

–No tema. Ahora me encargo.

El señor Abbas abandonó la tienda y luego giró a la derecha para perderse a continuación entre callejuelas hasta internarse en el barrio antiguo. En el mercado se recogían ya los puestos. Las primeras gotas comenzaron a mojar el suelo, y un viento fresco y húmedo recorrió las calles y plazas, sacudiendo los toldos que aún permanecían extendidos y aliviando así el aire sofocante que había castigado durante todo el día.

A la luz de una lámpara mágica

Hassan se apresuró a recoger el toldo.

–¡Se acerca una buena! –exclamó, mientras giraba la manivela–. Y ese aire viene del sur, de Gizah –añadió–, lo que quiere decir que estará lloviendo en las Pirámides.

–¡Hasta luego! –le gritó Abdul, el dueño de la taberna adonde Hassan solía acudir–. ¿Dónde te has metido? Hoy no has venido a tomar tu té de menta.

–He estado muy ocupado. Mañana pasaré –contestó Hassan antes de encerrarse en la tienda.

–¡Te espero entonces!

Hassan se dispuso a echar el pestillo a la puerta cuando de pronto una ráfaga de viento fresco entró violentamente. Algunas lámparas se balancearon y los rosarios de lágrimas de cristal tintinearón dulcemente.

Al cabo de un rato comenzó a llover torrencialmente. El escaparate recibió los primeros goterones racheados

que iban dejando su huella sobre la superficie polvorienta de los cristales. A medida que la tormenta descargaba, cientos de cortinas de agua resbalaron por las fachadas, balcones, aleros y alféizares, lavando las sucias caras de los edificios de la gran ciudad.

Hassan subía ya la escalera con Osiris en brazos cuando oyó que alguien golpeaba fuertemente la puerta. «¡Qué extraño!», pensó. A esas horas ya no esperaba visita de nadie. Entonces creyó que tal vez fuese el señor Abbas. Sí, sería él con toda seguridad. Pero al llegar a la puerta su sorpresa fue mayúscula cuando comprobó que no se trataba de él, y que efectivamente se le había presentado una visita del todo inesperada.

–¡Hassan, Hassan! ¡Somos nosotros! ¿Estás ahí? –gritó un chiquillo, golpeando con fuerza los nudillos de sus manos contra el cristal–. Seguro que no está; ya es muy tarde. ¡Te dije que ya habría cerrado! ¿No ves que el toldo está recogido? Vamos mejor a la tienda del tío Ismail –le dijo entonces el muchacho a su hermano.

–¡No llegaríamos! –le respondió a su vez con cierto aire de preocupación–. ¡Mira cómo está lloviendo! Espera un poco. A veces tarda en salir. ¡Estoy calado hasta los huesos!

–¿Quién es? –preguntó Hassan en ese momento, al no ver a nadie tras el cristal.

–¡Somos nosotros, Tamín y Kinani! ¡Abre, Hassan, que nos estamos mojando!

Los dos muchachos, que no contaban más de diez y doce años respectivamente, comenzaban a tiritar bajo sus túnicas empapadas. Sus cabezas chorreaban y sus pies chapo-

teaban en la acera convertida improvisadamente en un río de agua sucia. Venían del barrio viejo, del sur de la ciudad, y allí la tormenta ya había descargado con ganas.

–¿Pero cómo no estáis ya en casa? Vuestro tío estará preocupado pensando dónde os habréis metido.

–Íbamos de camino pero la tormenta nos ha pillado de regreso del barrio antiguo. ¿Podemos quedarnos contigo hasta que deje de llover? –preguntó el mayor, Tamín, mirándole implorante con sus ojos grandes y negros, mientras se frotaba los brazos intentando entrar en calor.

–¡Claro que sí! –contestó con júbilo, haciendo pasar a los chicos y yendo a buscar rápidamente toallas secas al baño.

–¿Qué estabas haciendo, Hassan? ¿Tienes mucho trabajo todavía? –preguntó Tamín.

–Pues sí. ¡Vamos! ¡Secaos bien y subid conmigo! Os voy a enseñar algo que me han traído esta misma mañana.

Hassan les quitó las túnicas mojadas y los envolvió en un par de mantas, mientras ellos se frotaban la cabeza con las toallas. Luego subieron el corto tramo de escalera. Entonces les mostró las nuevas piezas y comenzó a hablarles de ellas. Tamín observaba y escuchaba lo que Hassan les contaba. Retenía las nuevas averiguaciones acerca de las tallas egipcias y miraba atentamente a la arpista. Mientras Kinani cogió el espejo y observó su rostro reflejado sobre el disco de cobre.

Kinani quedó entusiasmado con aquel espejo. Se miraba en él y se reía al verse la cara deformada, a veces con los ojos más ovalados o redondos, y los dientes alargados como los de un caballo, o las orejas puntiagudas con el lóbulo rechoncho.

Pero al cabo de unos minutos sucedió algo francamente extraño. En lugar de ver su rostro, del que tanto se estaba riendo, comenzó a perfilarse la imagen de otra cara que no era la suya, sino la de otra persona que también sonreía. Era la de un muchacho de color, más o menos de su misma edad. Sólo vestía un faldón de lino blanco. Se encontraba en una habitación un tanto extraña, con las paredes pintadas de flores de loto, patos sobrevolando un río muy azul y peces de colores nadando entre las cañas de los juncos que crecían en el río. Al fondo de la estancia había una mujer de rostro delicado y ojos maquillados de negro, atendida por dos doncellas que confeccionaban pacientemente trenzas en su pelo fuerte de un color negro intenso. También vio un gato negro, como el de la talla de madera que en esos momentos Tamín tenía en sus manos. Dormía encima de una cama con el cabezal de madera rematado por cabezas de leonas doradas y piedras preciosas. Más tarde, la mujer a la que estaban peinando se volvió y regañó al chico, quien rápidamente soltó el espejo.

A continuación la imagen desapareció, y sobre el disco de cobre, el rostro de Kinani volvió a reflejarse de nuevo. No obstante, Kinani no pareció sorprendido por lo que acababa de ver. Creyó que se trataba de algún truco de Hassan. Era cierto que en la tienda del señor Abbas había objetos muy extraños y algunos francamente raros y enigmáticos. No era ilógico pensar que hubiera algunos más especiales que otros. ¿Por qué no? Éste bien podría ser uno de ellos.